

Celebración del 125 aniversario de la muerte De la Venerable M. Antonia París Reus, 17 de enero de 2010

Homilía

Querida familia, especialmente: queridas hermanas Misioneras Claretianas.
He aceptado con gozo la petición de Soledad de dirigiros esta homilía en un día tan señalado como el 125 aniversario de la muerte de la querida Madre M. Antonia París, vuestra Fundadora.
producida en esta misma casa.

Las lecturas de este segundo domingo del tiempo ordinario no podían ser más adecuadas. Como siempre, la Palabra de Dios, a la que tanto valor daban nuestros fundadores, viene a iluminar esta celebración tan entrañable y a ofrecernos un horizonte de esperanza y de compromiso, a nosotros que, siguiendo sus pasos, debemos hacer frente a retos no menores a los que ellos tuvieron que afrontar en su tiempo. Yo siempre digo: nos quejamos de que vivimos tiempos muy duros para la fe y la comunicación del Evangelio, pero por poco que conozcamos el siglo XIX español nos podemos imaginar cómo fueron los suyos.

La primera lectura nos transmite la profecía de Isaías al contemplar a un pueblo desecho por el exilio, simbolizado en Jerusalén, a la que realmente la podían llamar con toda razón la "Devastada" y, peor aún, la "abandonada", un adjetivo religiosamente más fuerte: Dios ha abandonado a su pueblo, visto su destino histórico. Pero como profeta, ante esta situación no puede callar, imbuido como está de una esperanza contra toda esperanza: aunque parezca todo lo contrario, Dios no desiste de su proyecto, porque está enamorado de su pueblo, de la humanidad, la quiere como un hombre quiere a su esposa, y por eso no cesará hasta que su justicia y su salvación brillen ante las naciones. El profeta ve más de lo que ven sus conciudadanos.

Este texto, leído hoy, celebrando la vida de M. Antonia, tiene unos ecos muy especiales. Ella estaba también enamorada del pueblo de Dios, de la Iglesia de Cristo, y no podía sufrir el estado deplorable en que se encontraba, que daba pie a las muchas críticas que le dirigían desde diversos lugares. Como Isaías y como Pablo quería ver a la Iglesia como una novia si mancha ni arruga. En el cambio de régimen y de cultura que se estaba produciendo en aquel tiempo, ella, como Claret y no muchos más, se dieron cuenta de que el problema no estaba fuera o al menos no estaba sólo fuera, en los enemigos de la Iglesia y de Dios que sembraban el ateísmo, el racionalismo y comunismo y atacaban así las bases de la cristiandad. El problema estaba también, y quizá sobre todo, en la Iglesia misma, religiosos incluidos, que, en palabras de M. Antonia, "había abandonada la Ley Santa de Dios" para instalarse en sus posesiones, poder e influencia mundanos. Era preciso volver a la sencillez y la pobreza de los orígenes apostólicos, y proclamar de nuevo el Evangelio al pueblo. La palabra "apostólico" era para ella y sus hermanas muy significativa, hasta el punto, como sabéis, de añadir al propio nombre el nombre de un apóstol. Es un detalle que encontrado muy interesante y significativo.

M. Antonia empezó por practicar esa reforma ella misma, junto a sus primeras compañeras, constituyendo con muchas dificultades jurídicas esa "Orden nueva en la práctica", de mujeres apostólicas, que querían vivir en conventos pobres sin la seguridad de las dotes, formando una única familia y apuntando a un horizonte entonces impensable para las mujeres consagradas: la evangelización.

Esta sensibilidad por la reforma de la Iglesia forma parte del don recibido por M. Antonia. Como nos decía Pablo en la segunda lectura, el mismo y único Espíritu distribuye una diversidad de dones y carismas para el bien de todo el cuerpo. A veces el discernimiento y la aceptación subsiguiente de los dones recibidos no resulta fácil ni para uno mismo ni para los que ejercen la

autoridad en la Iglesia, y esto es fuente de mucho sufrimiento, como fue el caso de M. Antonia. Pero ella tuvo la humildad de consultar y dejarse aconsejar, aunque sin perder la valentía de ser fiel a lo que consideraba inspirado por el Espíritu. Un ejercicio nada fácil que pone en evidencia la autenticidad de la inspiración.

En la medida que vosotras, hermanas Claretianas, habéis recibido el don fundacional creo que tenéis el reto de mantener y actualizar con fidelidad creativa esos dos anhelos fundamentales de M. Antonia, que son tan actuales: la preocupación por la reforma de la Iglesia, para que no pierda en norte, especialmente en unos tiempos en que se requiere ir a lo esencial del Evangelio, y la preocupación de que en la Iglesia y en la vida religiosa se vayan encontrando, especialmente para las mujeres, las formas más significativas y evangélicas de encarnar la vida apostólica y comunicar el evangelio. Es lo que habéis ido haciendo desde vuestra fundación, no sin muchas penalidades en los inicios. Y hoy el carisma, el don, de M. Antonia continúa vivo en cada una de vosotras, en vuestras comunidades, vuestras obras de misión en el mundo de la educación y de anuncio de la Palabra a través de diversos medios. Estamos, pues, celebrando una muerte que ha dado vida, en el puro sentido del Evangelio.

La Reforma permanente de la Iglesia y el anuncio apostólico del Evangelio son dos desafíos impresionantes que llevamos como herencia y profecía de nuestros Fundadores. El testimonio de vida apostólica, como vida de unión con Cristo, en comunidad fraterna, pobreza, castidad y obediencia, testimoniando el Evangelio, la Ley Santa de Dios, es lo que da credibilidad a nuestro anuncio.

Pero hay un tercer aspecto también muy propio del don recibido y transmitido por M. Antonia, y en ello coincide también con Claret: la impronta mariana de su espiritualidad, expresada en la advocación de María Inmaculada, con una característica no muy frecuente en la religiosidad de su tiempo: la dimensión apostólica de esa vivencia mariana. El Evangelio de hoy nos lo expresa muy bien, y además muy en consonancia con una frase de M. Antonia: "hacer fácil el camino de los demás". El Evangelio de hoy nos presenta a María incitando a que Jesús manifieste la novedad, la alegría y la salvación del Reino, en medio de un pueblo que multiplica las purificaciones rituales. "Vino nuevo en odres nuevos"; y ese primer signo de Jesús que provocó María fue el inicio también de la fe de los discípulos. El Evangelio, en efecto, acaba diciendo "Jesús comenzó sus signos, manifestó su gloria, y creció la fe de sus discípulos en él." Esto lo hace María porque comparte con su hijo una actitud fundamental: la atención a las necesidades de su entorno, de su pueblo, y sabe a dónde dirigir las miradas y los clamores, no hacia ella, sino hacia su Hijo, fruto bendito de su vientre. Este es el don único y maravilloso que el Espíritu concedió a María y que vosotras de forma especial estáis también llamadas a continuar en la Iglesia, rehaciendo continuamente con matices diversos, según los tiempos y los contextos, esas dos frases lapidarias de María: "No tienen vino" y "Haced lo que él os diga". Dos frases que bien podemos decir que resumen el testamento de M. Antonia: todo un reto para vosotras sus Hijas, Religiosas Apostólicas de María Inmaculada, Misioneras Claretianas: Que M. Antonia, junto a Claret, os ayuden, nos ayuden a continuar haciendo realidad su sueño.

P. Màxim Muñoz Duran, cmf
Provincial Claretians de Catalunya